

# EL JARDÍN Y LA JUNGLA

EDWY PLENEL

# EL JARDÍN Y LA JUNGLA

Un mensaje para Europa

Prólogo de Jesús Manaña



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Le jardin et la jungle*

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: octubre de 2025

© Éditions La Découverte, Paris 2024

© de la traducción: Miguel Angel López Gonzales, 2025

© del prólogo: Jesús Manaña, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Coedición especial entre Edhasa e infoLibre

Diputación, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6532-0

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 16891-2025

Impreso en España

«Llegará el momento en que el deseo de dominar, de dictar la ley, de construir un imperio, el orgullo de ser el más fuerte, el orgullo de poseer la verdad, serán considerados como una de las señales más seguras de barbarie en la historia de la humanidad»,

Édouard Glissant  
y Patrick Chamoiseau,  
*Quand les murs tombent* (2007)

## Sumario

Prólogo, de Jesús Maraña . . . . .	11
Introducción a la edición española . . . . .	17
Mensaje para Europa . . . . .	25
1. El discurso de Brujas. . . . .	27
2. La batalla del derecho . . . . .	39
3. Su odio a la igualdad. . . . .	53
4. El vuelco del mundo. . . . .	67
5. La cuestión colonial . . . . .	79
6. Una casa en medio de la jungla. . . . .	103
7. Los jardines criollos . . . . .	119
8. El triunfo de la muerte. . . . .	135
9. El hombre y la tierra. . . . .	145
Notas . . . . .	151
Otras obras del autor. . . . .	163

## Prólogo

### Un alegato contra la ciega soberbia europea

A lo largo del último verano, se han sucedido los gestos, manifestos y escritos enviados desde distintos ámbitos de la sociedad civil a la dirigencia de la Unión Europea reclamando una acción contundente que contribuya a frenar el genocidio del gobierno israelí de Netanyahu sobre el pueblo palestino. Uno de los más significativos –más por la respuesta que por la propuesta– ha sido la Carta Abierta, dirigida por mil seiscientos cincuenta funcionarios a la presidenta de la Comisión, Úrsula Von der Leyen, en la que se denunciaba sin ambages la «inacción» europea. La CE ha contestado amenazando a los firmantes con sanciones burocráticas justificadas en el siguiente exabrupto: «Los funcionarios no pueden ser activistas políticos». Dicho de otra forma, el gobierno de la UE considera que defender la aplicación del derecho internacional y los propios valores fundacionales de la Unión o la universalidad de los derechos humanos es «activismo politizado». Como apuntaba certeramente la analista Mária Martínez-Bascuñán en el diario *El País*, «si denunciar genocidios es “politización”, ¿la “despolitización” es hacernos cómplices de genocidios?».

El ensayo que usted tiene ahora mismo entre manos o en su pantalla lanza un dardo valiente al centro de la diana de

la complejísima coyuntura global: ¿es consciente Europa de su prepotente egocentrismo y del riesgo de que su visión soberbia del resto del mundo pueda llevar al desastre a un proyecto comprometido con la igualdad y la universalidad de los derechos humanos como base ineludible para la convivencia democrática?

El autor de este libro, Edwy Plenel, tiene una mochila vital y profesional cargada de méritos acerca de un doble compromiso: con el oficio del periodismo independiente como mimbres básico de una democracia sana, y con un europeísmo radicalmente humanista que considera la solidaridad como el motor principal del progreso. Porque «democracia no es (sólo) votar, es la promesa de la igualdad de derechos».

Hace ya más de doce años que converso con Edwy en la lengua común del periodismo honesto, desde aquella mañana en París en la que las referencias al ideario y compromiso de Albert Camus unieron nuestros caminos y los de los medios respectivos que contribuimos a fundar: Mediapart en Francia, infoLibre en España. «No existen fronteras a la hora de defender e impulsar el derecho a saber». Por eso es un privilegio que *El jardín y la jungla* sea el primer título de una colección de ensayos en castellano que, bajo el sello infoLibre-Edhasa, desea contribuir al debate público sin otro interés que el de abonar un pensamiento crítico basado en el conocimiento y refractario a la contaminación del ruido interesado o de la guerra del *clickbyte*.

Sobre la citada «mochila vital» de Edwy Plenel, me atrevo a citar dos rasgos que marcan su actitud ante Europa, la política y el compromiso cívico: su infancia en Martinica y su adolescencia-juventud en Argelia. Esa experiencia multicultural, sumada al ejercicio de un periodismo de investiga-

ción insobornable (que lo llevó a abandonar *Le Monde* cuando vio peligrar su independencia por intereses empresariales), le ha permitido moldear una arquitectura intelectual sensible a la realidad colonialista europea (en particular, la francesa) y un consecuente activismo incansable contra el racismo de la extrema derecha que sigue creciendo en la UE.

Este ensayo tiene una inspiración en su origen relacionada con España, el discurso pronunciado en Brujas, el 13 de octubre de 2022, por el español Josep Borrell, por entonces alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad: «Europa es un jardín [...] La mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría invadir el jardín. Los jardineros tienen que lidiar con ello, pero no protegerán el jardín construyendo muros [...] La jungla tiene una gran capacidad de crecimiento, y el muro nunca será lo suficientemente alto para proteger el jardín...». Borrell lanzó este mensaje pocos meses después de la invasión de Ucrania por Rusia y un año antes de la guerra de exterminio del pueblo palestino declarada por Benjamín Netanyahu en respuesta a los bárbaros atentados cometidos por Hamás el 7 de octubre de 2023 contra civiles israelíes.

Si Plenel ha elegido la metáfora del «jardín y la jungla» para hilvanar este alegato contra la soberbia europea es porque no considera a Borrell «un neoconservador reaccionario, defensor imperialista del choque de civilizaciones», sino precisamente «un hombre de izquierdas» que, consciente del implícito «eurocentrismo colonial» de su discurso en Brujas, intentó después matizarlo después como un aviso de que la invasión de Ucrania significaba el regreso de «la ley de la jungla». Pasados unos meses, Josep Borrell se significó como el dirigente europeo que con mayor contundencia había de-

nunciado el genocidio de Israel en Gaza y la responsabilidad de la Unión Europea por su inacción a la hora de convertir en medidas concretas contra el gobierno de Netanyahu su verborrea en defensa de los derechos humanos.

Esa imagen del jardín frente a la jungla, tan nefasta para la credibilidad de Europa en el resto del mundo, viene de muy lejos. Plenel lo explica con referencias históricas, políticas y filosóficas. Empezando nada menos que con Immanuel Kant, considerado uno de los «padres fundadores del Occidente moderno», incluso inspirador de la propia Unión Europea, quien dejó escritos disparates como éste: «La humanidad alcanza su mayor perfección con la raza blanca. Los indios tienen menos talento. Los negros están en lo más bajo». Se pregunta, así, el autor de este ensayo qué es la extrema derecha, y él mismo se responde: «Sencillamente, el odio a la igualdad». Y a partir de ahí desarrolla la idea clave de que la democracia no consiste exclusivamente en elecciones —hoy por hoy susceptibles de convertirse en una farsa gracias a las técnicas de desinformación, pero que ya demostraron su fragilidad con el ascenso de Hitler al poder hace casi un siglo—, sino en una constante y radical defensa de la universalidad de los derechos humanos, sin distinción de origen, raza, sexo o religión.

Hay una (gruesa) línea de puntos que une la invasión rusa de Ucrania y el genocidio que Netanyahu comete en Gaza. Y Plenel la sigue para visibilizar y denunciar la hipócrita «geometría variable» de Europa y Estados Unidos ante ambos conflictos. Tiene un simbolismo muy especial el hecho de que fuera Sudáfrica, cuna y escenario durante décadas del *apartheid* racista y colonialista, quien denunciara ante el Tribunal Internacional de Justicia de la ONU el «carácter genocida» de la guerra desatada por el Estado de Israel contra el

pueblo palestino. «No hay más humanismo que el internacionalista», concluye Plenel tras un repaso a algunas de las expresiones más nítidas del universalismo y el anticolonialismo surgidas desde su bien conocida Martinica.

La visión poliédrica de Plenel incluye elementos que a menudo escapan del análisis de la compleja realidad política que atraviesa tanto Europa como el resto del mundo. Uno clave es el de la cuestión colonial, que afecta muy especialmente a Francia, única potencia que mantiene en el siglo XXI territorios colonizados en todos los continentes excepto Asia. Sostiene Plenel que Europa no podrá conjurar las amenazas identitarias y autoritarias que la acosan mientras no se enfrente a su propio pasado colonial. Leyendo el capítulo que el autor dedica a esta cuestión, se entenderá mejor –también con mayor preocupación– en España el acalorado debate público que suscita cualquier planteamiento dirigido a asumir y reconocer los crímenes cometidos en su prolongada historia como potencia colonial. Una mirada más humilde y sincera hacia nuestro propio pasado nos ayudaría a mirar también de otro modo a los pueblos inmigrantes.

La metáfora del jardín y la jungla supone comprar el marco mental que desde hace mucho tiempo intentan imponer los movimientos de extrema derecha y los nacionalpopulismos de todo tipo, desde Netanyahu a Putin, pasando por Trump, pero también visible en el giro de Europa hacia una gestión del fenómeno migratorio exclusivamente ocupada en la seguridad. Caemos en la trampa de considerar la inmigración como una amenaza, y a partir de ahí terminamos destruyendo el principio de igualdad en el que se basa toda convivencia democrática. Porque ya no es sólo la extrema derecha quien abona mentiras y exageraciones que incitan al odio al

otro, sino que los planes de deportaciones masivas ya se manejan en Reino Unido, Francia, Alemania... El propio Abascal promete expulsar a «ocho millones de inmigrantes» si alcanza el poder en España.

No es éste un relato optimista. No lo permiten los tiempos que nos ha tocado vivir. Pero sí es una lectura imprescindible para entender por qué Europa (y el mundo) van «camino de la ruina». Es un primer paso para evitarlo. No podemos aceptar indefinidamente la insolencia de un Netanyahu que explica la existencia de Israel como «una casa en la jungla», de modo que él sería una especie de jardinero armado, encargado de defender «la civilización judeocristiana» desde un puesto de vanguardia. Porque aceptarlo supone enterrar los valores que han hecho posible el progreso de la humanidad.

Siempre nos quedará Camus. Con él cierra Edwy Plenel esta especie de llamamiento a una rebelión cívica, para tratar, juntos, de «evitar que el mundo se desmorone». Es una tarea difícil y urgente, más aún ante la velocidad que imprime la revolución digital a los cambios políticos y sociales, condicionados por el poder de la desinformación. Se trata de un nuevo «combate», y es posible ganarlo si empezamos por leernos, escucharnos, hablarnos... Si construimos un «nosotros» frente a quienes hacen negocio con el ruido, el griterío, la división... y el genocidio.

Jesús Maraña,  
septiembre de 2025

## Introducción a la edición española

*Le jardin et la jungle* se publicó en Francia en septiembre de 2024. Esta alusión a Europa sobre su visión del mundo interpelaba, más allá del continente europeo, a todo Occidente, cuya potencia dominante son los Estados Unidos de América. Fue escrito a la sombra de dos guerras en curso, la de Rusia contra Ucrania y la de Israel contra Gaza, y con el recuerdo siempre presente de las catástrofes de las que Europa es responsable, desde el colonialismo hasta el nazismo. Su propósito era cuestionar esas pretensiones imperiales de superioridad, dominación y poder que no han dejado de hacer surgir la barbarie en el corazón de la civilización.

Dos meses después, la elección de Donald Trump para un segundo mandato como presidente de Estados Unidos vino a confirmar esa alarma. Desde el 20 de enero de 2025, el imperio contraataca; y es el imperio de un mal político radical: la negación asumida de toda humanidad común, el rechazo universal a la igualdad de derechos, la afirmación internacional de la ley del más fuerte, la proclamación de una potencia sin límites ni principios. La segunda presidencia de Donald Trump lleva el imperialismo norteamericano a su punto álgido al asumir, sin dobleces ni falsas apariencias, el radicalismo de conquista y dominación, de codicia e interés, que oculta la pretensión de grandeza —económica, militar,

cultural— de los Estados Unidos de América frente al resto del mundo.

Aquí es pertinente la referencia a la saga cinematográfica *Star Wars* (esa guerra de las galaxias de la que *El imperio contraataca* es el quinto episodio), ya que la ciencia ficción es el universo mental de la nueva feudalidad que ha conquistado el poder con Trump en Washington: una oligarquía tecnófila impulsada por la revolución digital hasta un extraordinario nivel de riqueza que implanta la certeza de lo absoluto y la impunidad de su poder. Del mismo modo, su representante más emblemático, Elon Musk, que compró a fondo perdido su puesto de copresidente no electo, está explícitamente del lado oscuro de la *fuerza*.

Su lema es el *ilimitismo*: nada puede obstaculizar su deseo, en ningún ámbito: poder, riqueza, conquista, influencia, extractivismo... Su pretendida grandeza es una catástrofe anunciada. *Make America Great Again*, ese MAGA que resume el programa en un solo eslogan, significa que nada debe resistirse al deseo de poder de los Estados Unidos de América. No sólo el planeta Marte, sino también las naciones soberanas: Canadá, Panamá o Dinamarca, vía Groenlandia. No sólo los humanos indeseables, esos emigrantes cuya deportación está programada, sino también las mercancías extranjeras en una vuelta a las guerras comerciales más arcaicas. Sin contar con la propia democracia, ya relegada al olvido, reducida a una legitimidad conferida por las elecciones con el rechazo de todos los contrapoderes.

La presidencia de Trump no es el nuevo avatar de un conservadurismo social. Encarna el surgimiento de la barbarie en el corazón de la civilización, al igual que ocurrió en Europa con el fascismo y el nazismo, poniendo en peligro el destino

de toda la humanidad. La contrarrevolución que pretende llevar a cabo a toda marcha tiene como objetivo, precisamente, el despertar, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, de la toma de conciencia de las catástrofes que conlleva la grandeza y los estragos que causa el poder. Estragos de los que fueron prueba, con sus millones de víctimas, los crímenes de genocidio y contra la humanidad, entonces definidos jurídicamente. Se proclamaron así los derechos humanos universales y se inventaron las reglas diplomáticas de las Naciones Unidas.

Trump lo dice y lo hace: lo que pretende es romper, precisamente, con esa herencia. A esa promesa de igualdad de derechos que no ha dejado de inspirar las batallas de la emancipación, él opone la ley de la supuesta superioridad con el pretexto de la identidad, basada en el suelo y la sangre, el azar del nacimiento y el linaje. No más humanidad común, no más comunidad internacional, no más solidaridad y fraternidad. Ese programa político es fundamentalmente separatista: rompe con el ideal de un mundo común, donde los seres humanos, al igual que la naturaleza de la que forman parte, viven en relación, necesariamente unidos, mezclados y conectados.

En este momento de inflexión en el que, como un precipitado químico, la historia se acelera bruscamente dando nacimiento a amenazas definitivas que hasta ahora parecían sólo potenciales, los pueblos de dos naciones ya han sufrido las consecuencias: Palestina y Ucrania.

El 4 de febrero de 2025, Donald Trump pedía la limpieza étnica de la Franja de Gaza, proponiendo expulsar su población palestina a Jordania y Egipto sin posibilidad de retorno. Una semana después, el 12 de febrero, al término de una conversación telefónica de noventa minutos con Vladímir Putin, anunció la inminente conclusión de un acuerdo ruso-ame-

ricano para poner fin a la guerra de agresión de Moscú contra Ucrania, sin haber contado con los dirigentes ucranianos ni con los gobernantes europeos.

Esas dos fechas, en las que han sido arrojados a un mismo agujero negro los derechos de los pueblos palestino y ucraniano, quedarán como el doble golpe de gong que señala el cambio de rumbo del mundo hacia una era radicalmente nueva. Una era que nos pone ante un desafío vital y dos evidencias.

La primera es que hemos entrado en un periodo en el que las dos antiguas potencias rivales de la Guerra Fría se han puesto de acuerdo para poner fin al derecho internacional. Para Trump y Putin, así como para sus diversos aliados, desde el israelí Netanyahu hasta el húngaro Orbán, ninguna regla supranacional es legítima; sólo cuenta la relación de fuerza construida por el enfrentamiento. Y, sobre todo, ningún derecho humano fundamental puede hacer frente a las políticas que imponen a su pueblo o a aquellos a quienes someten. «Sólo es justo lo que creo que es bueno para mi pueblo», podría ser su lema. Una réplica del hitleriano: «El derecho es lo que es bueno para el pueblo alemán».

El destino de Ucrania y Palestina es la demostración brutal en la escena diplomática de esa ruptura con todo ideal de un mundo relacionado y una humanidad en común. Si Donald Trump puede permitirse este golpe de fuerza es porque la doble moral de la mayoría de los dirigentes occidentales frente a los conflictos de Ucrania y Gaza ya ha socavado el derecho internacional, que debería haber sido firme en ambos casos. Dentro de la Unión Europea, la España de Pedro Sánchez, Irlanda y Eslovenia han sido los únicos que han salvado la honra al negarse a que los principios fueran de geo-

metría variable, solidarizándose tanto con Palestina como con Ucrania.

Apoyar la hostilidad de Netanyahu, sus crímenes de guerra y contra la humanidad era hacer el juego a Putin y sus tropelías. Los alineados con el compromiso proisraelí de la presidencia de Joe Biden y los indiferentes a la peligrosidad del nuevo imperialismo ruso se enfrentan hoy a la realidad, ignorada por sus respectivas cegueras: Estados Unidos y Rusia hablan el mismo idioma, el de la ley del más fuerte, sin límites ni frenos. En otras palabras: el de la catástrofe asegurada por una supuesta grandeza que, inevitablemente, establece una jerarquía de humanidades, civilizaciones, religiones y naciones.

La segunda evidencia queda ilustrada por una de las expeditivas decisiones tomadas por Trump en los primeros días de su presidencia: de un plumazo, con la firma de una simple orden ejecutiva, suspendió una ley anticorrupción de 1977, la Foreign Corrupt Practices Act, que prohibía a las empresas estadounidenses sobornar a líderes y responsables; no sólo en Estados Unidos, sino, sobre todo, en el extranjero. Por si había alguna duda, la nueva presidencia estadounidense encarna un capitalismo mafioso, al igual que su aliado ruso: un capitalismo sin regulaciones, sin trabas, donde imperan la codicia, el beneficio y el enriquecimiento.

Este capitalismo mafioso une el universo de los oligarcas rusos y americanos. La banda de San Petersburgo que se apropió de las riquezas rusas tras la llegada al poder de Putin y los multimillonarios de Silicon Valley que compraron a precio de oro una presidencia con Trump comparten el mismo imaginario depredador. Como todas las mafias, sus únicas reglas son el dinero (la acumulación sin límites), la violencia (los fines justifican cualquier medio) y el secreto (no cabe ningún derecho

de inspección o control por parte de la sociedad). A eso se puede añadir la religión como pretexto oscurantista que valida la persecución de minorías, diferencias y disidencias.

No es casualidad que esta repentina materialización haya ido acompañada de inmediato de una violenta ofensiva ideológica del nuevo poder norteamericano contra Europa, atacando explícitamente su frágil cohesión para echar una mano a la extrema derecha nacionalista y xenófoba del continente. Más que su realidad institucional, la de la Unión Europea, nuestro continente es atacado como símbolo de los valores democráticos que reivindica, mal que bien y de forma imperfecta, desde que tomó conciencia, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, de la catástrofe producida por sus delirios de dominación colonialista e imperialista, cuyo motor inagotable es el capitalismo.

Queda, por tanto, hacerle frente. «En estos tiempos difíciles, la desesperación no es una opción», ha repetido una y otra vez el senador Bernie Sanders, convertido en la voz de la resistencia en Estados Unidos frente al silencio que atestigua el abatimiento de la izquierda americana. Lo dice con tanta convicción porque, lejos de los acomodados demócratas, este espíritu independiente ha dado la voz de alarma sobre la catástrofe en marcha: la del propio capitalismo, del que la oligarquía es inevitable vástago, en su carrera depredadora y dominante.

De la misma manera que Hitler y el nazismo no eran ajenos a la Europa que los engendró y que ellos devastaron, Trump y Putin no son ajenos a esta supuesta «globalización feliz» que, tras la caída de la Unión Soviética, fue el cuento de hadas que disfrazó la expansión por todo el planeta del reinado de la mercancía, con total indiferencia por el bien

común. Mientras no se cuestione el capitalismo mismo, ellos son sus criaturas lógicas e inevitables, y encarnan la barbarie que está de regreso.

Está en juego lo esencial: la igualdad de derechos, que desde su proclamación rousseauiana en el siglo XVIII es la causa de las emancipaciones. Tenemos una cita con nosotros mismos, con nuestros ideales, con nuestros principios, con lo que nos une en nuestra diversidad, con lo que nos junta en nuestra pluralidad. Como las personas de buena voluntad que ayer, superando prejuicios y sectarismos, se unieron para luchar contra la peste parda. Pues se trata de la misma epidemia, con nuevas e inéditas variantes.

Edwy Plenel,  
París, 24 de febrero de 2025

## Mensaje para Europa

Europa, ¿qué has hecho con tu promesa, ésa de una humanidad común y un derecho universal?

La reivindicas y, al mismo tiempo, te empeñas en desacreditarla. La proclamaste y luego no dejaste de contradecirla. Ayer te enorgullecías de ella en casa mientras la destrozabas en otros lugares. Hoy la esgrimes más que nunca cuando tienes que defenderte de un agresor, pero renuncias a ella cuando es Occidente, esa realidad política nacida de tu proyección en el mundo, el que ataca, invade, ocupa, destruye y extermina.

Es una larga y vieja historia de hipocresía y supremacía, de depredación y justificación, de amor propio y miedo a los demás. Pero se acabó el tiempo de fingir: ahora el mundo entero lo ve y lo sabe; claro que lo sabe. Y, aunque sean injustos, los diversos poderes imperantes no tienen ningún reparo en convertir ese engaño en ventaja. No se engaña a ningún pueblo, ni siquiera al tuyo, que cada vez cede más a los cantos de sirena de la identidad y de la fuerza, del rechazo a la igualdad de derechos y a un mundo interrelacionado.

Y así es, Europa, como te diriges a tu propia perdición, arruinando tú misma lo que te daba el verdadero poder: no el temporal y efímero de la riqueza y la acumulación, sino el duradero y esencial de las ideas, la utopía y la emancipación.

# 1.

## El discurso de Brujas

Son palabras de entreguerras. Palabras de una Europa desconcertada, de un Occidente desorientado.

Palabras de satisfacción, superiores y orgullosas; contentas consigo mismas, en definitiva. Palabras que están en la raíz del persistente desencuentro con el resto del mundo, sus pueblos y sus esperanzas; que mantienen este continente, el nuestro, junto a su proyección norteamericana.

Frases que, en negativo, hablan del mundo imaginario al que debemos enfrentarnos urgentemente si queremos evitar la catástrofe en marcha: la del regreso, en todas las latitudes, de los jinetes pardos del apocalipsis desigual; esa extrema derecha identitaria, habitada por el rechazo al otro y a lo lejano, a lo extraño y lo extranjero, a lo diferente, lo plural y lo diverso.

El 13 de octubre de 2022, el comisario europeo de Asuntos Exteriores pronunció el discurso inaugural de la nueva Academia Diplomática Europea. Tiene su sede en Brujas, Bélgica, una ciudad que en el siglo XVII era el corazón de la conquista comercial del mundo por Europa, impulsada por la dinámica de invención y expansión del capitalismo. Tanto es así que algunos historiadores la con-

sideran cuna de la palabra «bolsa», entendida como lugar de encuentro de banqueros, comerciantes, agentes de cambio y otros intermediarios financieros.

En Brujas, estas reuniones de intercambio se celebraban cerca del Hôtel des Bourses, que debe su nombre a una familia burguesa: los Van der Bourse.<sup>1</sup>

Tras la conquista de América, cuando Europa aumentaba su riqueza y su gloria mediante el pillaje y la esclavitud, nuestra economía-mundo se inventaba en ciudades laboratorio; particularmente, en las italianas Venecia, Florencia o Génova. Pero fue a doscientos cincuenta kilómetros de Brujas, en Ámsterdam, donde tuvo lugar la invención decisiva que hoy nos domina, anticipando el capitalismo financiero, su fluidez, su rapidez, su vacuidad y su maldad: una bolsa de valores donde la especulación era llevada ya a su punto álgido. Entre aquellos valores estaban las acciones de la Compañía de las Indias Orientales, más tarde Indias Occidentales, que incluían, entre las mercancías subastadas, cargamentos de esclavos. Esos hombres, mujeres, niños, esa humanidad negada, secuestrada, comprada, trocada, encadenada, golpeada, deportada, vendida, violada, agotada, esclavizada, explotada, destruida.

Lo recuerdo aquí para que leamos ciertas frases del, *de facto*, ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Europea guardando en la memoria ese largo periodo de injusticias, incluso de crímenes contra la humanidad, que ha promovido Europa por todo el mundo. Para que nos acordemos de ese legado no resuelto, que aún impide que a nosotros, los europeos, se nos pueda conceder crédito. Por muy poderosos y fructíferos que sean, los gran-

des principios abstractos que proclamamos universales se han arruinado por el interés y la conquista, la codicia y la posesión.

Joseph Conrad, nacido en Polonia, educado en Francia, nacionalizado inglés, ese novelista europeo que presenció el siglo XIX siendo capitán de la marina mercante, supo expresarlo mejor que cualquier larga disertación. «¡Horror! ¡Horror!» son las últimas palabras, pronunciadas como «un grito que no era más que un jadeo» por Kurtz, el héroe de *El corazón de las tinieblas*. La novela inspiró la película de Francis Ford Coppola *Apocalypse Now*<sup>2</sup> sobre la guerra imperialista estadounidense en Indochina.

Kurtz era enviado al Congo –entonces propiedad personal del rey de los belgas Leopoldo II, un monarca criminal cuya brutalidad depredadora se cifra en no menos de diez millones de muertos–,<sup>3</sup> y la Asociación Internacional para la Supresión de las Costumbres Salvajes le encargaba redactar un informe. «¡Una buena pieza!», comenta el narrador al leer sus diecisiete páginas y observar ciertos pasajes «de malos augurios». «Nosotros los blancos –escribe Kurtz– debemos necesariamente aparecer para ellos como una especie de seres sobrenaturales. Cuando nos acercamos, perciben un poder como de una deidad». «Por el simple ejercicio de nuestra voluntad, logramos desplegar un poder benéfico prácticamente ilimitado», afirma.

Esas páginas transmitían la idea de «una exótica Inmensidad gobernada por una augusta Benevolencia». Así, con mayúsculas, lo resume Conrad en voz del capitán Marlow, quien remonta el río Congo en busca de Kurtz, desaparecido misteriosamente en la selva africana. Pero

a continuación añade: «A menos que algún tipo de nota al final de la última página, obviamente garabateada mucho más tarde con letra temblorosa, pudiera ser considerada como la exposición de un método».

«Exterminar a todos estos cafres», se puede leer. Eso no es sólo una invención ficticia: ese «método» es la sangrienta verdad de las conquistas civilizadoras. Toda colonización fue también exterminio.

«Jungla» es la otra palabra para definir la oscuridad que recorre la novela de Conrad. Es «impenetrable», «enmarañada», «colosal, de un verde oscuro casi negro»; y es, sobre todo, «el corazón del hombre salvaje», un mundo extraño y hostil donde reina «esa misteriosa vida de soledades». Eso es la jungla: extraña, extranjera, amenazadora, peligrosa.

Mientras yo estaba esbozando este libro, cuya escritura se veía constantemente superada por una actualidad desgarradora (la masacre de Gaza, la guerra de Ucrania, el hito colonial de Nueva Caledonia, el peligro del neofascismo —en Francia con la Agrupación Nacional y en Estados Unidos con Donald Trump, ambos patrocinados y apoyados por la Rusia de Putin—), se celebraba una exposición nocturna en el Jardín Botánico de París con este título: «La jungla como vía hacia la iluminación».

En una vuelta al remitente que habla de los retos de nuestro mundo, intrincadamente interdependiente, esa escenificación artificial de una naturaleza tan maravillosa como amenazada, convertida en una cita anual de París, es obra de una empresa china cuyos trabajadores acamparon permanentemente para instalarla. Allí leí, en un cartel didáctico, una introducción a la «jungla», pala-

bra de origen indio que «estimula nuestra imaginación» porque «evoca tierras lejanas, bosques inexplorados, una gran belleza..., pero también muchos peligros y el miedo a lo desconocido».

Efectivamente, el miedo a lo desconocido. El mundo cambia, pivota, gira, altera su trayectoria. Se nos escapa. Lo mejor dependerá de lo que haga la gente si, al menos, no abandona la idea de una salvación común; esa búsqueda de pan, paz y justicia. Si, sobre todo, rompe los grilletes del privilegio y del conservadurismo que le impide elegir libremente un destino mejor.

Ese miedo a lo desconocido, al mundo, en suma, tal como él lo concibe, independientemente de Europa, más allá o fuera de ella, es lo que veo en el discurso que Josep Borrell, entonces vicepresidente de la Comisión Europea (2019-2024) y alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, pronunció en Brujas, en la nueva Academia Diplomática Europea, el 13 de octubre de 2022. Esto ocurría más de siete meses después de la invasión de Ucrania por Rusia, el 24 de febrero de 2022, y un año antes del comienzo de la guerra de venganza de Israel contra el enclave palestino de Gaza, en respuesta a la masacre de civiles cometida por Hamás el 7 de octubre de 2023.

He aquí el discurso:<sup>4</sup>

Sí, Europa es un jardín. Hemos construido un jardín. Todo funciona. Es la mejor combinación de libertad política, prosperidad económica y cohesión social que la humanidad haya construido jamás, las tres cosas juntas.

[...] El resto del mundo no es precisamente un jardín. La mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría invadir el jardín. Los jardineros tienen que lidiar con ello, pero no protegerán el jardín construyendo muros. Un pequeño jardín rodeado de muros altos para impedir que entre la jungla no es una solución. Porque la jungla tiene una gran capacidad de crecimiento y el muro nunca será lo suficientemente alto para proteger el jardín. Los jardineros tienen que adentrarse en la jungla. Los europeos necesitan comprometerse mucho más con el resto del mundo. De lo contrario, el resto del mundo nos invadirá, de diferentes maneras y por diferentes medios.

Estas palabras son notables porque no son las de un neo-conservador reaccionario, defensor imperialista del choque de civilizaciones, esa profecía autocumplida que ha llevado a Estados Unidos y sus aliados europeos a una guerra sin fin acelerada por la invasión de Irak en 2003. No. Josep Borrell es considerado un hombre de izquierdas, militante desde hace años del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), diputado en el Congreso durante mucho tiempo y dos veces ministro, antes de presidir el Parlamento Europeo y formar parte de la Comisión Europea.

Dándose cuenta rápidamente del desastroso efecto de su discurso, en un momento en que Europa buscaba aliados ante la aparición de un nuevo imperialismo ruso, agresivo y conquistador, trató de rebajarlo. Intentando alejarse de todo «eurocentrismo colonial», explicó su metáfora por el regreso de la «ley de la jungla» que